

**PALABRAS DEL SECRETARIO DE GOBERNACION
LICENCIADO MANUEL BARTLETT DIAZ, EN LA
CEREMONIA CONMEMORATIVA DEL LXXV
ANIVERSARIO DEL INICIO DE LA REVOLUCION
MEXICANA**

Ciudadano Presidente de la República:
Ciudadanos Presidentes de las Cámaras de Diputados
y Senadores del Congreso de la Unión;

Ciudadanos Presidentes de la Gran Comisión de las
Cámaras de Diputados y Senadores;

Ciudadano Presidente de la Suprema Corte
de Justicia de la Nación;

Señoras y señores:

Independiente, vigente, dinámica, hoy cumple la Revolución Mexicana 75 años. En todos sus rincones, apasionadamente, México la ha conmemorado reviviendo sus episodios decisivos, suscitando el análisis histórico, la confrontación entre valores y realidades, entre posibilidades y perspectivas de actualización. Pero sobre todo la ha conmemorado, como un fenómeno social que es de todos y que a todos atañe; como historia que aún vivimos en el arte, en las costumbres, en cada una de las instituciones que nos rodean cotidianamente; como algo propio, original, nuestro, presente y actuante, irrenunciable.

Qué mayor afirmación podríamos tener de nuestro pasado como realidad que la devoción con la que millones de mexicanos se agolparon en todos los caminos, poblados y ciudades del país para venerar los símbolos patrios: la Campana de la Independencia, la Bandera Nacional y el documento original de la Constitución de 1917 que en su texto incorpora a los símbolos

* Monumento a la Revolución. Noviembre 20 de 1975.

de nuestra soberanía, consagra las normas que estructuran a la nación y los más caros anhelos del pueblo mexicano.

Cuando el pasado 3 de febrero, en la Plaza de la Constitución se congregó el pueblo para despedir a los símbolos nacionales, que iniciaban su recorrido por la República, era difícil prever el entusiasmo conmovedor que despertarían. Pero lo hemos vivido todos. Observamos en niños, mujeres, jóvenes, campesinos, trabajadores, empleados, empresarios, la expresión de la profunda unidad de los mexicanos en torno de sus símbolos y de sus instituciones originales. Esa emoción expresa la mayor fuerza de la nación, la vitalidad de nuestro sentido de comunidad; esa emoción nos obliga a todos, pueblo y gobierno, a preservar los valores que símbolos e instituciones representan, a respetar las normas que nos imponen, a perseverar en los objetivos que encarnan, inscritos con la sangre y el talento natural del pueblo de México.

Hoy, aquí están, nos acompañan en este acto político que celebramos año con año; como recuento, reafirmación y compromiso.

No es ésta la primera vez que nos congregamos el 20 de noviembre, en situaciones difíciles y apremiantes. Desde 1912, lo hemos hecho incluso durante la lucha armada misma, en crisis económicas, en guerras, en medio de sacudimientos internos por asuntos políticos o sociales; lo hemos hecho para constatar que con ella el pueblo de México ha definido su rumbo, se ha apropiado de su destino. Y la Revolución ha construido su curso.

Si en circunstancias de normalidad es importante hacer el balance que un acto político entraña, con mayor razón lo es cuando momentos críticos demandan definir con la mayor claridad el rumbo y demandan una sólida posición ideológica.

Como ayer, hoy la primera afirmación ha de ser que la Revolución Mexicana es un proceso social vigente. Sabemos bien que aún frente al hecho evidente de su permanencia, casi desde sus orígenes la Revolución Mexicana ha sido declarada muerta por críticos, opositores y aun por impugnadores salidos de sus propias filas.

No es ésta una calificación que se haga exclusivamente a nuestra revolución. A todas las grandes revoluciones les han aplicado en diferentes circunstancias los apelativos de revolución agotada, traicionada, desviada. Estas acusaciones resultan generalmente de posiciones ideológicas adversas o de interpretaciones teóricas de la revolución que la entienden como un fenómeno violento que concluye con su primera realización o consolidación.

Toda revolución implica una ruptura histórica para la instauración de un nuevo orden de cosas. Por eso la revolución es un proceso que no puede reducirse a la violencia original, ni aun al conjunto de instituciones nuevas; ha de incluirse en ella al proyecto social cuya realización es el objetivo de todo el movimiento emprendido. Sólo la consumación del proyecto o su abandono, conducen al agotamiento revolucionario. Así, la historia animada por el proyecto revolucionario cobra la capacidad de renovarse a sí misma,

sustentada por la revolución establecida en instituciones y programas. La revolución parte de sus propios avances para impulsarse, actualizarse, redefinirse, revolucionarse.

Las revoluciones se agotan y mueren cuando no son capaces de abrir caminos, cuando se plantan en instituciones rígidas y dejan de renovar. Son procesos acabados cuando han dado todo de sí y han dejado de crear. Cuando los hombres buscan conservar más que transformar, cuando el presente se colma de pasado y cancela su capacidad regeneradora.

La Revolución Mexicana se inicia con la violencia popular desatada contra un régimen dictatorial, apoyado en estructuras económicas y sociales opresoras. Su caudal ideológico fue alimentado en la ciudad y en el campo, en la región y en el país, por intelectuales, dirigentes obreros y campesinos, clases medias incipientes, por la intuición espontánea de las masas y sus lucidos intérpretes. Fue un caudal de una rica diversidad, que contiene incluso contradicciones, que no se precisó sino hasta decantarse y fundirse en el texto de la primera constitución social del mundo, la Constitución de 1917. En ella se enumeran los consensos básicos, se definen las cláusulas de nuestro pacto social, se perfila lo que queremos ser; es decir, se define el proyecto revolucionario y se fundan las instituciones; con ella se arma el pueblo de un instrumento jurídico de transformación impuesto con su triunfo en los campos de batalla.

Nuestra revolución está en las instituciones, en el tejido social creado por su movimiento; está básicamente en su proyecto auténticamente revolucionario y en la clara voluntad del pueblo y del gobierno de continuarlo hasta su total realización.

La Revolución Mexicana es historia que hicimos y seguimos haciendo; no es sólo pasado; es presente y futuro; se hizo, se está haciendo y está por hacerse. La Revolución Mexicana conserva su espíritu generador y sigue siendo capaz de conformar, de reformar y de transformar la vida nacional. Es nacional, es mexicana, porque se inspira en nuestra historia, en nuestras raíces, en nuestros valores; es revolucionaria porque se opone radicalmente a la tiranía, a la opresión, promueve la justicia y la libertad. Por eso se inspira en el nacionalismo revolucionario mexicano.

Tres generaciones hemos nacido en el régimen que generó el movimiento social de 1910. La dirección adoptada y el esfuerzo acumulado han transformado a México. La revolución ha construido una nueva sociedad. La revolución hecha presente, está en una sociedad compleja y diversificada, con la décimo cuarta infraestructura industrial del mundo. La revolución es hoy reforma agraria, educación para todos, salud generalizada, protección al abasto popular, sólidas organizaciones obreras, campesinas y de clases medias con derechos sociales y conciencia revolucionaria; es economía mixta, es democracia, sociedad plural. La revolución hecha presente es libertad de pensar, de creer, de participar, de expresarse; es estado de derecho, garantía individuales, prerrogativas sociales; es trabajo orientado a la justicia social; es fami-

lia con esperanzas, comunidad con raíces, es nación consciente de su identidad y de sus aspiraciones, es soberanía.

La revolución de hoy es, desde luego, una revolución inconclusa. No sólo por lo que aún no puede hacer, por requerirse etapas previas apenas en construcción, sino también por lo que debió hacer y no ha hecho por distorsiones, inercias incontroladas o, por qué no decirlo, por errores acumulados. Pero ello no cancela la validez del proyecto. Inconclusa no significa malograda. La revolución está viva en tanto mantengamos el impulso y la capacidad de rectificar y edificar en la dirección que señala su esencia.

La Revolución Mexicana es presente y futuro, porque sus ideales originales siguen siendo nuestros ideales; porque en cada etapa que hemos transitado el pueblo mantiene sus adhesiones esenciales a un proceso sostenido y hondo de transformación social y de liberación.

Hoy la revolución sigue siendo la misma en aspiraciones fundamentales; pero gracias a su propia acción, ha de enfrentarse a circunstancias distintas, en un país diferente. Renovándose a sí misma, la revolución impide que sus logros sean su agotamiento, que sus avances la trasciendan. Hoy, la revolución de nuestros padres tiene que recoger las demandas fundamentales de nuestros hijos.

Los mexicanos que tuvieron en 1910 las armas como única alternativa para el cambio, ya murieron. Sin embargo, viven aún en nosotros, en la conciencia nacional, sus anhelos, sus ideas, su ejemplo. Nuestras armas son distintas que las de los caudillos de entonces, pero la ideología que forjaron permanece. Nuestras armas son ahora las aulas, las organizaciones populares, el derecho social, la producción, los recursos naturales recuperados, la soberanía fortalecida. La ideología siendo la misma requiere ser actualizada. Corresponde a nosotros hacerla un instrumento para hoy y mañana. Los revolucionarios de hoy estamos obligados a imaginar nuevas soluciones frente a nuevas circunstancias; a definir lo que se ha de salvar y los que hay que desechar; a revisar, no como revisionistas que desvían, sino con el espíritu crítico que reencauza; a reformar, no con un reformismo que regula, sino con un intransigente consolidar, renovar y avanzar.

La revolución no se actualiza por esquemas o figuraciones. Se actualiza en el diálogo con el pueblo, en la dirección definida por los postulados de la nación.

En la actualización se impone distinguir lo que es la esencia de la revolución, de lo que es o ha sido instrumental; lo que ha sido medio y no fin. De otra manera quedaríamos atrapados en la maraña del pasado, impedidos de avanzar. Para subir hay que dejar los peldaños inferiores, la revolución o es dinámica o deja de ser revolución.

La revolución obedece a sus propios tiempos. Hay quienes la confunden con una de sus etapas. Piensan que para hacer la revolución hay que repetir las etapas ya consumadas: la etapa no es el proceso, es uno de sus momentos. El futuro no es la repetición del pasado, entonces no habría avance; el futuro

es la superación histórica del pasado, su trascendencia, la instauración de nuevas etapas. Cada etapa responde a un reto y al superarlo se consume. La revolución continúa afianzando su marcha sobre la culminación de sucesivas etapas.

Destaca entre las aportaciones fundamentales de Miguel de la Madrid suscitar, en un momento de crisis, este proceso democrático y renovador.

Nos encontramos a la mitad del mandato de un gobierno que realiza un enorme esfuerzo de racionalización revolucionaria, frente a una situación difícil que demanda profundidad en el análisis, nuevas definiciones, determinación, certidumbre y perseverancia. Las tesis centrales de su acción fueron definidas con el pueblo, planteadas en detalle, sin eufemismos o circunloquios. En los primeros meses se fortaleció el marco legal y de acuerdo con sus mandatos se produjo el Plan Nacional de Desarrollo. Simultáneamente, se pusieron en marcha de inmediato las más severas medidas de reordenación. En la emergencia, del desánimo, de la depresión, del encono, pasamos a la acción común, programada y firme.

Pocos gobiernos en nuestra historia han ejercido su responsabilidad en circunstancias tan difíciles; pocos gobiernos han tenido frente a sí la imperiosa necesidad de revisar tanto, de modificar inercias con tanto apremio, de enfrentar desequilibrios tan profundos, de atender tantas urgencias con tan disminuidos recursos. Tres años de gobierno perseverante han demostrado la fortaleza de la Revolución Mexicana y su capacidad de confrontar los más graves problemas de replantear sus prácticas sin perder el sentido.

Ante la crisis, Miguel de la Madrid demostró nuevamente la vitalidad de las instituciones de la Revolución, demostró que tenemos instrumentos y que sabemos usarlos. El país no se desarticuló. Por el contrario, todos los mexicanos cerramos filas en torno a una política concreta, de realismo y de congruencia. Recuperamos el rumbo. Cada mexicano supo cuál era su responsabilidad y pudo, con certidumbre, actuar en consecuencia.

Cierto, responder a la crisis, contener sus efectos, revertir sus inercias, no es trascenderla; pero tampoco es someterse. La crisis es dura, profunda, persistente. Pero nuestra herencia nos impide entregarnos, claudicar, capitular. Esta generación, legataria de la revolución, ni se doblega ni se resigna. Frente a problemas de estructura, en una coyuntura internacional particularmente adversa hay dirección, acción, fines expresos y resultados tangibles. Está planteada y emprendida la batalla, pero ni todo empeño es exitoso ni la precipitación conlleva necesariamente avances. Enfrentamos la lucha con método, con razón, respetando los tiempos. Los progresos no son uniformes, lineales; tienen ritmos desiguales. En algunos frentes los obstáculos ceden; en otros, se enquistan, se ahondan, nos exigen cobrar impulso y acometer de nuevo. Pero hay un plan de conjunto, orden, determinación. Ante la magnitud de la tarea sólo los derrotistas pueden pensar que es preferible no luchar, darse a la inercia, abandonarse, resignarse. Eso es lo que ya no pasó, lo que con Miguel de la Madrid no podría pasar.

El reto de la revolución de hoy es vencer las circunstancias adversas y continuar la marcha organizada y coherente. De la filosofía política enraizada en nuestra historia y de la consulta popular, surgieron los cuatro objetivos del Plan Nacional de Desarrollo: conservar y fortalecer las instituciones democráticas; vencer la crisis; recuperar la capacidad de crecer; e iniciar los cambios cualitativos que requiere el país en sus estructuras económicas, políticas y sociales.

La estrategia para lograrlo ha comportado dos líneas simultáneas de acción: reordenación económica y cambio estructural.

La primera para atacar la inflación y la inestabilidad cambiaria; proteger el empleo, la planta productiva y el consumo básico; y recuperar la capacidad de crecimiento sobre bases de eficiencia y justicia social.

La segunda para superar definitivamente las causas de la crisis. El cambio estructural busca enfrentar las causas sustantivas de la crisis con una estrategia congruente con la naturaleza de nuestras instituciones y los compromisos populares de nuestro proyecto revolucionario.

El cambio estructural es hoy una condición para la realización del proyecto nacional. La persistencia de nuestros problemas así lo indica.

El cambio estructural no resulta ni del conjuro, ni de la voluntad espontánea; se produce como resultado de un proceso meditado y sostenido. El cambio estructural se plantea, se instrumenta y genera nuevas trayectorias, nuevos impulsos, nuevas posibilidades. Su maduración rebasa el término de una administración. Es un cambio cualitativo, la definición de una etapa, la disposición de una nueva trama.

El Gobierno de la República emprende las tareas nacionales con acciones concretas, precisas, comprobables, al invocar el nacionalismo revolucionario, avanzar en la democratización integral, impulsar la sociedad igualitaria, renovar la moral social, descentralizar la vida nacional, promover el desarrollo, defender el empleo y combatir la inflación, y planear la economía. Estas tareas se han emprendido consultando sistemáticamente a la ciudadanía y ensanchando el ejercicio de las libertades.

Un gobierno revolucionario no enfrenta la crisis como cualquier otro. Tiene compromisos, responsabilidades revolucionarias.

Ayer la revolución venció a sus enemigos para darles participación y sufragio. Hoy, para vencer la crisis, profundiza su sentido democrático, amplía el ámbito de las libertades. Ni la crisis, ni la emergencia han conducido a la más mínima limitación a los derechos de opinión, de crítica, de manifestación. Al contrario, frente a nuestras acciones se han expresado todas las oposiciones; frente a la decisión de informar con la mayor amplitud de medidas y situaciones, se ha ampliado la respuesta social, en favor y en contra. Como nunca en nuestra historia, en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión sesionan representantes de todas las posiciones ideológicas del país, con la más amplia libertad. Ahí, en ese foro democrático, se confrontan mayorías y minorías; ahí, el gobierno expone sus programas, sus medidas, su

verdad, sus objetivos, sus principios. Vivimos la democracia todos los días. La democracia obliga a la revolución a afirmar cotidianamente su razón y su mayoría. La democracia fortalece internamente a la nación. Hay libertad para cuestionar la libertad. Hay democracia para impulsar el perfeccionamiento de la democracia. Lo mismo vale decir de la igualdad. La justicia social es causa y razón de la Revolución Mexicana. En 75 años hemos avanzado un largo trecho. La avanzada integración de nuestro territorio, la educación popular, la salud, las leyes laborales y agrarias, los apoyos al abasto popular, la propia industrialización, los servicios, la administración de justicia, han mejorado la calidad de vida de amplios sectores de nuestra población. Sin embargo, el crecimiento demográfico, la disparidad regional, el hacinamiento urbano, la emigración, la pauperización en vastas regiones rurales, la inacabada tarea de integración del indígena, y la perpetuación de múltiples mecanismos de explotación, junto con la injusta distribución del ingreso, mantienen aún grandes núcleos de mexicanos en situación de marginación y pobreza. Este es un rezago intolerable.

Esta situación significa un compromiso ineludible de la revolución de hoy. Sin duda el más importante. La podemos explicar, pero no la podemos aceptar. Por eso es postulado central de este gobierno la lucha contra la desigualdad. Aun en la escasez o más bien precisamente por ella, la idea de justicia social está presente en todas las decisiones. Con trabajo sistemático se continuará avanzando, sin falsas salidas, sin espejismos populistas, con la movilización de todos los sectores y recursos, con todos los instrumentos políticos, económicos y sociales empeñados, mantendremos vigente la magna tarea de la reivindicación popular.

Al iniciar su gobierno, no ofreció el Presidente de la República la solución inmediata de los problemas, ni el cambio súbito de las dificultades en soluciones. El Presidente presentó al país, con realismo inusitado, las difíciles circunstancias en las que asumía la responsabilidad. Realizó públicamente el diagnóstico detallado de las tareas que nos aguardaban. Explicó la profundidad de las medidas urgentes y la necesidad de emprender una reforma estructural sin la cual toda solución sería efímera. Prometió, eso sí, tomar todas las decisiones necesarias para el rescate de la nación, admitiendo que serían penosas e implicarían sacrificios para todos los sectores; ofreció hacerlo sin indecisiones, desechando el expediente de la popularidad ficticia y asumiendo la plena responsabilidad del verdadero hombre de estado que coloca, con hechos, por encima de su persona el destino de su pueblo todo.

Prometió ejercer un liderazgo democrático, basado en el respeto estricto y honesto de la verdad. Expresó su disposición a reconocer errores por encima de supuestas infalibilidades. Prometió diagnósticos veraces para la definición de políticas practicables, que reconozcan las limitantes que tiene la sociedad, ser realista frente a una realidad que tiene límites, decirle al pueblo lo que se puede y lo que no se puede, y lo que se debe hacer para que se

pueda, emprendiendo el esfuerzo y aportando el tiempo que requiere para fructificar.

Prometió buscar el consenso mayoritario del país y la responsabilidad solidaria de todos los sectores, sin equilibrios insostenibles, ni preservación de privilegios; y servir fundamentalmente a las mayorías, guiado por el supremo interés de la nación.

El Presidente Miguel de la Madrid, lo ha hecho. Los diagnósticos han sido veraces, se han tomado las medidas necesarias, se ha convocado al consenso nacional en el diálogo permanente, asegurando la protección de los intereses mayoritarios. Se han reconocido errores, aplicándose correctivos, se ha dicho lo que se puede hacer y se hace, con todo el esfuerzo necesario y con el más profundo realismo y responsabilidad. Eso es lo que el pueblo quiere, eso es lo que el pueblo apoya.

Tres años de gobierno así lo testimonian. Con un proyecto revolucionario actualizado y una práctica revolucionaria renovada, pese a los grandes sacrificios que ha entrañado, el país ha logrado conducir la lucha común contra la crisis trabajando en paz social y en libertad.

Tres años hemos escuchado los más lúgubres vaticinios aprovechando cualquier circunstancia. Tres años se han manifestado de dentro y de fuera dudas de buena y mala fe sobre el destino del país.

Pero los adivinos se han equivocado y se seguirán equivocando. Para entender el apego de las mayorías a la línea de nuestra revolución, hay que recordar lo que la Revolución Mexicana ha logrado para las mayorías. Las organizaciones obreras, campesinas, populares, los trabajadores al servicio del Estado, las clases medias emergentes, saben bien que los continuos beneficios que han logrado, han sido conquistados en el sistema de la revolución; saben que la educación, la salud de ellos y de sus hijos está asegurada en la revolución. Saben que los sacrificios presentes son para mantener para ellos, en el futuro, el sistema de libertades y de justicia social que construyeron sus mayores. Saben que la revolución es suya, que la conducen con su mandato electoral.

Hay una larga tradición de fantasía funeraria sobre la revolución.

Hace 50 años se levantaron las primeras actas de defunción de la Revolución Mexicana. Muchos de sus enterradores han sido enterrados. La vitalidad de las organizaciones sociales que la sustentan, sus postulados nacionales, la inspiración de sus dirigentes, su dinamismo y su sensibilidad populares la hacen vigente, actuante, viva.

Desde la reunión de Madero, Cabrera, Alejandro Prieto y Francisco Carbajal, que el 20 de noviembre de 1912 conmemoró por primera vez el inicio de la Revolución Mexicana, mucho se ha dicho en este evento con rango de fiesta nacional. Aquí, ante este monumento, en el curso de los años, se han señalado una gran variedad de objetivos y compromisos. Muchos aún no se cumplen, pero muchos más se han logrado ya. Quienes tratan de mini-

mizar el acto y a la revolución, subrayan año con año, lo rezagado, lo que falta. Sin embargo, en la historia están inscritas ya las promesas cumplidas.

Celebramos hoy una revolución dinámica, en efervescencia. No estamos en periodo de quietismo, de inmovilidad, sino en una etapa de cambios súbitos que obligan al análisis, a la reflexión honesta y requieren nuevas definiciones, ajustes a la táctica, adaptación de los instrumentos de política ante problemas rebeldes y condiciones internacionales de creciente impacto negativo. En el orden del día se inscribe una revolución creativa, perseverante, combativa, una revolución que nos demanda confianza en México, entereza de ánimo en los asuntos de la patria, virtud y responsabilidad.

Por eso el momento de afirmar nuestros logros históricos, nuestros valores ante la coyuntura, es hoy.

Venimos a afirmar que el nacionalismo revolucionario mexicano, el nuestro, es la ideología mayoritaria, la que nos hace viables como nación.

Venimos a reiterar el vigor y la actualidad de las instituciones nacionales; a afirmar que los Poderes de la Unión han sido fortalecidos; que el federalismo y el municipalismo están en proceso de vigorización; que el Poder Ejecutivo de la Unión se ejerce, en el marco de sus atribuciones democráticas, con la capacidad de dirección que la revolución le otorgó explícitamente en la Constitución de 1917 para armar a la nación con un instrumento eficaz.

Venimos aquí a constatar que, pese a las dificultades el país trabaja, produce, que basta recorrer nuestras regiones para percatarse de la vitalidad de la nación.

Venimos a afirmar que la revolución encarna la confianza de las mayorías porque ellas son la revolución. Que la llamada desconfianza que se funda en cálculos egoístas y recurrentes no mella la confianza serena, racional y objetiva de la nación en su propio destino.

Venimos a afirmar que somos un gran país. Que no integramos un pueblo que aprovechando condiciones difíciles pueda ser desmoralizado, disminuido, desviado de la ruta que ha determinado.

Venimos a afirmar que la Revolución Mexicana está en el poder, firme, sustentada en la fuerza democrática de la mayoría.

Venimos a afirmar que tenemos dirección y dirigente. Ejerce el liderazgo nacional un hombre a la altura de las circunstancias. Sereno, equilibrado, firme en las ideas, perseverante, honesto, demócrata. La revolución de hoy tiene la garantía del patriotismo y entrega de Miguel de la Madrid.

Ciudadano Presidente de la República;

Señoras y señores:

Esta es la revolución. Esta es nuestra patria. Ni tenemos ni deseamos otra. En los cálculos, en las acciones no apostemos a su ruina; apostemos a su victoria. Porque vamos a ganar. No le pidamos ni dádivas ni repentinas pros-

peridades para darnos confianza, seguridad; ofrezcámosle más bien la decisión de respetar los derechos y de asumir nuestras responsabilidades. Apositemos a un pueblo que ha aportado, una vez más, en la dificultad su sacrificio generoso y su entereza incommovible.

Nada podrá impedir que México emerja como una nación de primera magnitud. Así lo indica nuestra originalidad como pueblo mestizo y recio, nuestra indestructible cultura, nuestro territorio aún inexplorado, con espacios y mares anchos en posibilidades, nuestra densidad histórica plena de heroísmos y de expresiones de genio popular.

Hemos roto las cadenas de todo tipo, hemos superado todos los valedares que se han levantado en nuestro camino, hemos vencido todos los intentos de intromisión y predominio; y volveremos a hacerlo.

De nosotros, nada más de nosotros, depende construir la grandeza de la patria, en la unidad, en la paz social, en la concordia, en la justicia, en la libertad, en la cultura. Que cada grupo, que cada mexicano haga su parte; que todos juntos contribuyamos pronto a vencer los marginalismos y las injusticias, las ineficacias y las improductividades. Tenemos una ruta clara que debemos iluminar con imaginación y esfuerzo. Hagamos el trabajo de hoy para alcanzar el mañana, el mañana que es nuestro, el mañana de libertad y de justicia, el mañana de México y de su revolución triunfante.